Joan Mayol
jmayol@picarandas.com

La fragilidad de los **buitres insulares**

La población de buitre negro que nidifica en Mallorca no ha dejado de crecer en los últimos años. Cada temporada se suman unos treinta jóvenes que, lógicamente, buscan instalarse en nuevos territorios. Algo que, a veces, los lleva a perderse en el mar.

En Mallorca, la mayor parte de los nidos de buitre negro están construidos sobre pinos carrascos (*Pinus halepensis*) que crecen en los acantilados marinos. Seguramente sea la más bella colonia de esta especie que existe en el mundo (foto: Joan Mayol).

La última población de buitres negros insulares es la mallorquina y, hoy en día, la principal causa de muerte conocida es el ahogamiento en el mar. Aunque a primera vista no lo parezca, es una buena noticia: se trata de una causa natural, en gran medida inevitable (por ahora), que ha sustituido al veneno o a la persecución directa. Ambos antiguos problemas estuvieron a punto de acabar con tan interesante colonia, que, precisamente, fue censada por primera vez en un mes de agosto hace ya medio siglo.

Hay constancia científica de la existencia de buitres negros (*Aegypius monachus*) en Cerdeña y Chipre hasta bien avanzado el siglo XX y, con menos certeza, también en Creta. La extinción en Sicilia fue anterior. Todas estas poblaciones fueron destruidas, muy probablemente, debido al uso de veneno para controlar a las poblaciones de carnívoros. En el caso concreto de Mallorca, el objetivo de dicha práctica era eliminar cuervos, los cuales, para desgracia de los ganaderos, de sí mismos y de los buitres, eran capaces de matar corderos recién nacidos. En cualquier caso, los buitres mallorquines resistieron la presión humana durante siglos. En Mallorca, por ejemplo, está documentado el pago de recompensas públicas por la muerte de 45 buitres entre 1792 y 1795. En aquellos tiempos, además, su grasa tenía un uso medicinal y también podían aprovecharse las plumas.

Inicios de la conservación en Mallorca

En 1971, un pequeño grupo de entusiastas, imberbes en su mayor parte, organizamos bajo el amparo de la Sociedad de Historia Natural de las Baleares el primer intento de censo coordinado de buitre negro. Curiosamente, el secretario de la institución hizo constar en acta que habíamos acometido el estudio de los "cóndores mallorquines". Un par de docenas de observadores nos situamos en las cumbres de la sierra de Tramuntana para intentar avistamientos simultáneos del mayor número posible de ejemplares. La imprecisión del método y nuestra inexperiencia determinaron resultados muy alarmantes: la población estaría compuesta tan solo por unas 18 aves. Aunque seguramente fue una subestima, el empeño resultó eficaz, pues encendió las luces de alarma y atrajo la atención local, cada vez más intensa, hacia una especie que acabaría fundamentando planes de recuperación con muy buenos resultados. Hoy en día se reproducen en Mallorca más de 30 parejas y la población total supera ampliamente las 130 aves.

Pero el declive de la colonia continuaría durante una década, aproximadamente. Al principio, atribuíamos la recesión a los escopeteros, ya que conocíamos algunos casos de muerte por disparo, y también a las molestias causadas por cazadores furtivos en las áreas de nidificación de la especie. De hecho, fuimos testigos de cómo cazadores de palomas y cabras disparaban desde embarcaciones justo debajo de los nidos, de tal forma que los buitres resultaban irremisiblemente espantados. En esta campaña conseguimos el apoyo de Félix Rodríguez de la Fuente, de la entonces Adena (actual WWF-España) e incluso de un filántropo norteamericano para asegurar la vigilancia de la colonia desde el mar. Pero, aún así, la población seguía disminuyendo, hasta el extremo dramático de que algunos años no llegó a eclosionar ninguna puesta.

Cambio de tendencia

Pero, en la segunda mitad de los años ochenta, la tendencia pudo revertirse. Se optó por reforzar la población con aves criadas en cautividad, tanto en Mallorca como en diversos zoos europeos, y con aves silvestres recuperadas en diversos centros de la Península. Y, sobre todo, se hicieron intensas campañas informativas y disciplinarias contra el uso del veneno, ya por entonces ilegal. El buitre negro se convirtió en el auténtico emblema de la conservación de la naturaleza en la isla y se implicaron en su conservación tanto las autoridades ambientales como diversas ONG e incluso algunos propietarios y payeses. Se instauraron comederos, se reglamentó severamente la quema de pastos y se estableció vigilancia para evitar molestias en los nidos. Todas estas iniciativas siguen vigentes hasta el día de hoy.

El resultado ha sido un incremento de los efectivos, un área de nidificación más extensa y, como ya hemos visto, un cambio espectacular en las causas de mortalidad conocidas. En los años ochenta la más importante era, con diferencia, el veneno. Los datos recogidos en los últimos doce años por el Consorcio de Recuperación de Fauna de les Illes Balears (CORB) indican que se ha hallado un total de 27 buitres negros muertos o heridos, 12 de los cuales se habían perdido en el mar o bien sus restos alcanzaron las playas de Mallorca y Menorca. Otros 10 ejemplares fueron ingresados por traumatismos de causa desconocida, uno al menos descoyuntado por una tormenta. Tres buitres murieron por causas diversas: choque con una aeronave, depredación y electrocución. Sólo dos fueron envenenados.

Como es evidente, mueren más aves que las que se encuentran, y la proporción de las que se ahogan en el mar puede estar sobrevalorada, ya que son especialmente fáciles de encontrar por navegantes o bañistas. Pero estos datos, sin duda, tienen su interés y, aunque la muestra no sea exacta, sí que es al menos representativa.

Entre dos islas

Que se ahoguen uno o dos buitres al año no es demográficamente relevante, ya que cada temporada de cría se añaden a la población una treintena de pollos, pero viene a demostrarnos lo severo que es el aislamiento. Es frecuente que cuando un buitre, a menudo juvenil, intenta llegar a Menorca acabe por caer al mar, debido a la falta de corrientes térmicas y vientos de ladera. Como lo demuestra el hecho de que buena parte de las aves encontradas estaban en las costas fronteras de las dos islas mayores. Y eso que la distancia es de sólo 40 kilómetros, menos de la mitad de la que nos separa del continente. Es evidente que, en determinadas condiciones muy favorables, estas aves planeadoras pueden superar extensiones marinas de esa magnitud y fue así como el buitre leonado (*Gyps fulvus*) colonizó las Islas Baleares en 2008. En cualquier caso, la pérdida de esos buitres aventureros no deja de ser una lástima. Quizá algún día dispongamos de sistemas eficaces de marcaje y seguimiento para rescatar a las aves antes de que se ahoguen, como ha sucedido casualmente en alguna ocasión.

¿Quien nos iba a decir a los estudiantes de los "cóndores mallorquines" que un día nos alegraríamos de que la principal causa de mortalidad de estas aves fuera el ahogamiento?

AGRADECIMIENTOS

Dedico este artículo a las muchas docenas de voluntarios que han colaborado en los censos de buitres en Mallorca, cuyos resultados han sido tan positivos para su conservación. También a Evelyn Tewes, por su enorme contribución en defensa de esta colonia.